de hombres que dirigiendo la revolución, en su provecho, sólo se acuerdan de la patria para ensangrentarla y de las leyes para convertirlas en ciego instrumento de bajas y mezquinas pasiones.

Aquéllos pertenecen a la causa de la regeneración de la República. Si sus compromisos actuales y en lugar en que se encuentran colocados los separa de nosotros, confundiéndolos con los verdaderos enemigos del pueblo, sus manos no están manchadas con sangre y su corazón arde en sentimientos que hacen honor a su ilustración y civismo. Víctimas de la confianza con que se entregaran a los autores de los males públicos, ansían por que llegue el momento de acreditar que no se ha extinguido en su pecho el amor patrio que los lanzara en un trastorno que no les ha sido posible contener.

La experiencia de nuestros propios yerros, la que de los hombres y de las cosas hemos podido adquirir en una revolución de veinte años, y la ventajosa posición en que nos colocan los recursos con que contamos y la opinión pública que secunda nuestros esfuerzos, son suficientes motivos para que se persuadan estos honrados ciudadanos de la sinceridad con que hoy les extendemos nuestros brazos y brindamos nuestra amistad.

En garantía de estos desinteresados ofrecimientos, presentamos a todos los centroamericanos la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, compuesta de representantes elegidos popularmente, como el único poder capaz de dar nueva vida a la República, el más grande y digno de un pueblo libre, y el más honroso título para que todos olvidemos generosamente lo pasado y no nos acordemos más que de la patria.

Pero si desgraciadamente fuesen desoídos nuestros votos; si no encontrásemos en el seno de la amistad ni en el interés de una franca reconciliación los medios de salvarla, el poder irresistible de la opinión pública sabrá trazar a nuestras armas el camino que nos conduzca a la victoria y proporcionar a los centroamericanos un gobierno de leyes, que les dé paz, libertad y civilización.

San José, Julio 20 de 1842.

FRANCISCO MORAZÁN.

La venganza de Vanderbilt (1)

Si bien la situación de Walker seguía siendo crítica, las probabilidades que tenía a mediados de diciembre de 1856 eran mejores que en ningún otro tiempo desde que empezó la guerra con la coalición centroamericana. El enemigo se

(1) William O. Scroggs, *Filibusters and Financiers*, pág. 270 y siguientes. La obra del profesor Scroggs es la mejor y la más completa que hasta hoy se ha publicado en los Estados Unidos sobre William Walker, y es lástima que el autor no sea más justo con los hijos de Centro América que con tanto valor y constancia lucharon contra el famoso filibustero Los historiadores norteamericanos no se han percatado de que en la misma proporción que ellos denigran a los adversarios de Walker, le restan méritos a éste.

había sostenido en Masaya con un costo tremendo, sin haber podido evitar ni la destrucción de Granada ni infligir a sus destructores el castigo que se proponía. Sus pérdidas en la lucha eran por lo general tres veces mayores que las de los filibusteros; le faltaba buena dirección, lo destrozaban las disensiones y lo azotaba la epidemia. Cañas y sus costarricenses se hallaban tan desalentados desde su encuentro con Walker el 11 de noviembre, que poco después dejaron que ochenta reclutas desembarcasen en San Juan del Sur y marcharan sin molestia hasta la bahía de La Virgen, pasando por su frente, no obstante que el número de los recién llegados eran diez veces menor que el de la tropa que Cañas pudo haber traído contra ellos. Las fuerzas aliadas estaban a punto de disolverse cuando vino en su ayuda un nuevo poder.

Durante muchos meses había estado Vanderbilt en correspondencia con los presidentes de las Repúblicas centroamericanas, instándolos para que se uniesen contra el enemigo común (2); y ahora que ya todos los gobiernos habían salido al campo de guerra y los filibusteros se encontraban fuertemente estrechados, comprendió que había llegado la hora de su venganza. En el otoño despachó a San José dos agentes suyos, el inglés William Robert C. Webster y un americano llamado Spencer, para hacer ver al Gobierno costarricense el modo de asestar un golpe mortal al filibusterismo. Spencer y Webster llegaron a la capital el 28 de noviembre y en el acto celebraron una conferencia secreta con el Presidente Mora. Este se entusiasmó con los planes de ambos, prometiendo la cooperación de sus tropas. Vanderbilt sabía que un Tránsito abierto era el eje de la fuerza de Walker; que si los costarricenses lograban apoderarse por cualquier medio de los vapores del río San Juan, los filibusteros ya no podrían recibir ni reclutas ni pertrechos de los puertos del Atlántico, y que como el paso de los pasajeros por el istmo quedaría cortado, los vapores del Océano tendrían que ser retirados y no llegarían más refuerzos de California. Ya se podría contar entonces con las enfermedades, el hambre y los Aliados para obtener un rápido derrumbamiento del régimen filibustero. Además, bloqueando el paso del río, Vanderbilt no sólo se vengaría de Walker, sino que iba a tener la satisfacción adicional de acabar con Morgan y Garrison que lo habían suplantado en el negocio. De modo que abrigaba la esperanza de que por gratitud al auxilio prestado por él para el exterminio de los invasores, el Gobierno de Nicaragua le otorgaría una nueva concesión de la ruta del Tránsito, siendo así su triunfo completo. Lo cierto es que se sentía tan seguro del buen éxito de su plan, que el día de Navidad publicó en los periódicos de Nueva York un aviso a los accionistas de la antigua compañía en que les decía: "Las apariencias en la actualidad indican una realización de las esperanzas que tengo de que pronto será restablecida la Compañía en sus derechos, franquicias y propiedades en el istmo de Nicaragua, tan injustamente usurpados" (3).

---

(2) Gámez, *Historia de Nicaragua*, 630-1. *N. del A.*

(3) New York *Herald*, 25 Dic. 1856. *N. del A.*

Los detalles del plan para la toma de los vapores se dejaron enteramente a juicio de Spencer, el que habiendo servido como maquinista en uno de los barcos del Tránsito conocía personalmente sus tripulaciones y estaba familiarizado con todos los meandros, bancos y corrientes del río. Ningún otro reunía tan completamente estos requisitos. Mora no confió el plan a nadie más (4) y pidió voluntarios para una expedición al río Sarapiquí. Los caudillos eran todos extranjeros: el capitán Cauty, un oficial inglés después coronel; el coronel Barillier, zuavo francés, y el soldado raso Spencer, un *desperado* americano (5)

El río San Juan tiene dos importantes tributarios que le vienen del Sur: el Sarapiquí que se junta con él en la Punta de Hipp (6), a unas treinta y cinco millas arriba de Greytown, y el San Carlos que hace lo mismo a unas treinta y siete millas arriba del Sarapiquí. Mora señaló este último río como destino de la expedición con el fin de ocultar su verdadero objeto, y después de haber emprendido la marcha el destacamento de ciento veinte hombres, los oficiales recibieron orden de dirigirse al río San Carlos. Una vez allí, la tropa se embarcó el 16 de diciembre en botes y balsas, saliendo al San Juan en cuya margen acampó en la noche del 22 de diciembre, a dos millas justas aguas arriba de la Punta de Hipp, donde había un destacamento americano encargado de resguardar el río y de impedir que los costarricenses bajasen por el Sarapiquí. No soñaron los americanos con que una fuerza hostil bajara por el San Juan y no estaban en guardia (7). Un destacamento costarricense se situó a retaguardia de los americanos en la Punta, poniendo un centinela en un árbol elevado para vigilar sus movimientos. Otro se acercó al puesto por el frente y a una señal convenida cayeron ambos sobre los americanos mientras éstos estaban comiendo, matándolos o capturándolos a todos. Los americanos no habían colocado centinelas y se hallaban a cierta distancia de sus fusiles. Tan sólo cuatro de éstos se tomaron de los armeros durante la refriega y solamente dos fueron disparados (8).

La víspera de este suceso, yendo uno de los vapores del río para Greytown con algunos oficiales de Walker a bordo, varias personas de las que con ellos

---

(4) Inexacto. El teniente coronel don Joaquín Fernández, quien formó parte de la expedición, fué enterado de todo el plan y recibió el encargo de servir de intermediario entre los jefes militares y Spencer.

(5) Para hacer esta aseveración el profesor Scroggs suprime los nombres de los jefes costarricenses. Estos eran el mayor don Máximo Blanco, segundo comandante de la expedición, siendo el primero el coronel Barillier, y don Joaquín Fernández.

(6) La Trinidad.

(7) Spencer emitió la opinión de que no se atacara este destacamento y que la expedición pasase frente a él de noche para ir a capturar los vapores del río fondeados en San Juan del Norte; pero el mayor don Máximo Blanco se opuso a esta maniobra, haciendo que prevaleciera su parecer, prueba de que Spencer no era el jefe de las operaciones militares, como se empeñan en decirlo los historiadores norteamericanos.

(8) Se debe notar que la Punta de Hipp fué captuarada y establecido el bloqueo efectivo del río, el mismo día en que el *Tennessee* salió de Nueva York con pertrechos y reclutas. *N. del A.*

viajaban observaron unas balsas extrañas en la boca del río de San Carlos; pero no se investigó el caso y esta gente siguió su viaje sin cuidarse de tan inminente peligro. Entre los oficiales estaban Lockridge y Rogers. El primero regresaba a los Estados Unidos para seguir enganchando reclutas para Walker; Rogers se dirigía a Greytown con el objeto de incautarse, en su carácter de confiscador general, de la imprenta traída por Kinney. La mayor parte de la de *El Nicaragüense* había sido destruída en el incendio de Granada. Si los oficiales hubieran examinado aquellos objetos de aspecto sospechoso, la guarnición americana de la Punta de Hipp habría sido prevenida, los planes de Spencer hubiesen fracasado y la historia de Nicaragua se leería hoy tal vez de otro modo.

Capturada la Punta de Hipp, Spencer dejó allí una guarnición de cuarenta hombres, se llevó sus prisioneros a Greytown, adonde llegó a las dos de la madrugada, apoderándose de cuatro de los vapores del río antes del amanecer. La mayor parte de los maquinistas y tripulantes consintieron en seguir prestando sus servicios, después de haberles prometido Spencer una buena paga. Se izó la bandera costarricense en los vapores, que fueron llevados aguas arriba del San Juan. En el puerto no había ningún barco de guerra americano al que el agente de Morgan y Garrison hubiese podido pedir protección para la propiedad americana. Mr. Cottrell, el agente comercial de los Estados Unidos, acudió al comandante de la poderosa escuadra británica fondeada en el puerto; pero éste rehusó intervenir en el asunto, alegando que la propiedad estaba en disputa entre dos partes interesadas, habiendo autorizado la presa el agente de una de ellas, y que él no estaba facultado para resolver sobre los méritos de la controversia.

Entretanto el general José Joaquín Mora, hermano del Presidente y comandante en jefe del ejército costarricense, había seguido a Spencer al río de San Carlos con una fuerza grande, avanzando con gran dificultad, porque el camino no era más que un trillo por entre una vegetación tropical tan tupida que los soldados tenían que abrirse paso con los machetes. Como la marcha se hizo por una región deshabitada y un sendero demasiado escabroso para los animales de carga, hubo que llevar los bastimentos y pertrechos a espaldas de hombres, tarea en la que se emplearon seiscientos. Mora llegó al embarcadero con ochocientos hombres (9), todos bien armados con fusiles Minié y municiones adecuadas que había remitido Vanderbilt (10). En su viaje de regreso aguas arriba del San Juan, Spencer se detuvo en la boca del San Carlos y envió uno de los vapores del río para que trajese al general Mora y su gente. Al acercarse el vapor al punto de desembarco, unos costarricenses que estaban en una balsa se asustaron tanto con el extraño aspecto de aquella embarcación por ellos nun-

---

(9) Eran en realidad quinientos hombres.

(10) La tropa costarricense iba armada de fusiles de pedernal o de chispa, como lo dice el historiador Montúfar. *Walker en Centro América*, p 773.

ca vista, que llenos de terror se lanzaron al río pereciendo ahogados (11). Mora tomó el mando, y habiendo subido por el San Juan hasta el Castillo Viejo capturó allí otros dos vapores del río. Tomó entonces Spencer el vapor que se empleaba para pasar el raudal del Toro y, siguiendo río arriba, encontró el *Virgen* que estaba anclado a unas treinta millas del lago, en espera de que Rogers regresase de Greytown. Habiendo ocultado su gente, Spencer pudo arrimar su pequeña embarcación al costado del vapor del lago, sin despertar la menor sospecha, apoderándose fácilmente de él. El siguiente objetivo era el fuerte de San Carlos que señorea el punto en que el lago desemboca en el río. Al acercarse al fuerte, Spencer hizo la señal de no haber novedad, convenida meses antes y que nunca se había cambiado. El comandante, capitán Kruger, salió inmediatamente en un bote y toda la guarnición bajó a la ribera del río. En su vida monótona la llegada de un vapor era un gran acontecimiento. Los costarricenses del *Virgen* fueron de nuevo ocultados. Al atracar el bote de Kruger, éste le preguntó a Spencer si Rogers estaba a bordo, y habiéndosele contestado afirmativamente subió al vapor, donde se le notificó que quedaba preso. Kruger era el único oficial que había en el fuerte y su apresamiento lo dejó al mando de un sargento. Con amenazas de muerte Spencer obligó a Kruger a firmar una orden para que este sargento entregase el puesto al oficial inglés capitán Cauty; y así fué como cayó el fuerte de San Carlos en manos de los costarricenses sin el disparo de un tiro (12).

De suerte que el río de San Juan, desde su origen hasta su desembocadura, estaba ya en poder del enemigo; pero en el de Walker quedaba el *San Carlos*, el más grande y el más rápido de los vapores del lago, y por medio de él seguía dominando en éste. Spencer pensó que era arriesgado aventurarse en el lago mientras estuviese este vapor en manos de los filibusteros, y por esto fué a situarse en el *Virgen* a diez millas río abajo, para esperar allí que viniese el *San Carlos*. No tuvo que aguardar muchos días. El 2 de enero de 1857 llegó a San Juan del Sur el vapor de San Francisco con su contingente habitual de pasajeros para los Estados del Atlántico, que fueron debidamente transportados por el camino del Tránsito a la bahía de La Virgen, donde se les puso a bordo del *San Carlos*. Este vapor atravesó el lago y, al acercarse al fuerte de que llevaba el nombre, los soldados de Cauty le hicieron la acostumbrada señal de que no había novedad. No viendo nada sospechoso, entró resueltamente en el río y fué a caer en una trampa al encontrarse con un vapor mandado por Spencer y lleno de costarricenses armados, no pudiendo regresar al lago sin pasar bajo los cañones hostiles del fuerte. Spencer le intimó rendición. El capitán del *San Carlos*,

---

(11) Los historiadores norteamericanos de Walker se han encariñado mucho con este episodio, que tal como ellos lo refieren presenta a los costarricenses como salvajes que ignoraban lo que era un barco de vapor; pero la verdad es otra. No sabiendo aún que los vapores habían sido capturados, los de la balsa creyeron que eran filibusteros los que venían a bordo y por esto se arrojaron al río.

(12) Wheeler Scrapbook Nº 4, 187, 195, 198; New York *Times*, Marzo 9 de 1857; *Harper's Weekly*, I, 312; *Dublin Review*, XLIII, 382-3. *N. del A.*

un danés llamado Ericsson, estaba ansioso de recoger el guante arrojado por el fuerte y de volver a la bahía de La Virgen, creyendo que los costarricenses no podrían dañar el barco con su artillería; pero un yerno de Charles Morgan, de apellido Harris, que acertó a estar entre los pasajeros, prohibió que se hiciese la tentativa. El *San Carlos* se rindió y los pasajeros fueron despachados en uno de los vapores del río para Greytown. Allí encontraron a los pasajeros y reclutas que habían llegado de Nueva York en el *James Adger* y de Nueva Orleáns en el *Texas*. Los que iban para el Este se enviaron en el *James Adger,* y los que se dirigían a California, que eran doscientos, se llevaron a expensas de Harris a Panamá, y de allí a su destino. El envío de estos últimos a San Francisco les costó a Morgan y Garrison 25.000 dólares además de los gastos usuales.

El general Mora, que había sido reforzado con la llegada de una retaguardia de trescientos hombres, embarcó todas sus fuerzas, salvo las necesarias para guarnecer los puestos del río, en los dos vapores del lago y tomó posesión de la bahía de La Virgen, desde donde se comunicaba fácilmente con los Aliados que estaban en Masaya, en tanto que las comunicaciones de Walker con el Caribe y los Estados Unidos quedaron enteramente cortadas por el Este. Los planes de Spencer se habían realizado en todos sus pormenores. Su amo de Wall Street ya no tenía más que sentarse a saborear la agonía de los filibusteros y el total descalabro de sus rivales en el negocio de los vapores. Diez mil dólares de su dinero se enviaron desde San José para pagar a los oficiales y tripulantes de los barcos capturados y asegurar su lealtad a su nueva bandera y a sus nuevos amos. El general Mora lanzó una calurosa proclama en la que no hacía justicia al autor de su victoria: "La principal arteria del filibusterismo—decía—, ha sido cortada para siempre. La espada de Costa Rica la ha cortado" (13). No fué la espada de Costa Rica. El oro de Vanderbilt y la audacia de Spencer hicieron el trabajo (14).

El verdadero héroe de la campaña del San Juan merece más que una mención pasajera. Todos sus asociados y opositores le conocían tan sólo por su apellido, y no fué sino mediante muchas investigaciones que se averiguó su nombre completo de Sylvanus H. Spencer. Hablaba poco de su pasado; pero después

---

(13) Wheeler Scrapbook Nº 4, 177; Pérez, *Memorias,* segunda parte, 177. Una historia interesante, publicada por primera vez veinte años después de los sucesos que se han relatado y por consiguiente de dudosa autenticidad, se refiere en la *Historia de Nicaragua* de Gámez, en nota de la página 669. Según esta relación Vanderbilt dió en Nueva York una comida a unos hispanoamericanos conspicuos, y cuando sus huéspedes se encontraban en estado de gran excitación a consecuencia de numerosas libaciones, anunció su propósito de acabar con los filibusteros. Habiéndosele preguntado cómo, mandó llamar a Spencer: "¿Cree usted—le preguntó Vanderbilt—, que sea difícil capturar los vapores que están al servicio de Walker?"—"No", respondió Spencer—. "¿Puede usted y quiere usted realizar esta empresa?"—"Estoy a sus órdenes". Entonces, en medio de la admiración y del silencio de sus invitados, el millonario escribió un cheque de 20.000 dólares como primera contribución para destruir a Walker. *N. del A.*

(14) Ni el oro de Vanderbilt ni la audacia de Spencer habrían conseguido cortar la vía del Tránsito sin la abnegación y el arrojo de los soldados de Costa Rica.

del éxito que tuvo en el río le gustaba, según parece, jactarse de que poco antes de esta hazaña él no era más que un simple obrero (15). Como razón principal de haberse puesto contra Walker daba la de que habiendo heredado una gran cantidad de acciones de la antigua Compañía del Tránsito, la revocatoria que hizo Walker de la concesión otorgada a ésta lo había despojado de todo su haber, que estaba tratando de recuperar. Tan pronto como hubo terminado su trabajo regresó a Nueva York donde antes tenía su domicilio. Su crueldad para con los soldados costarricenses hizo que éstos se alegrasen de verse libres de él (16). Poco después de llegar al fuerte de San Carlos, el general Mora escribió a su hermano el Presidente que no le diese a Spencer ningún cargo militar, porque éste nada sabía de táctica y no era capaz de manejar soldados: que "lo ocupase en instar a la casa de Vanderbilt para que nos ayude con su influencia y con pertrechos de guerra" (17). Merece notarse que un moderno escritor costarricense ha tratado de rebajar el trabajo de Spencer, pintando a éste como un simple guía y atribuyendo toda la gloria de la campaña del San Juan a los costarricenses (18). Sin embargo, los historiadores centroamericanos que escribieron antes no le han regateado ninguno de sus laureles al americano (19).

Cuando Costa Rica señoreaba ya el río y el lago llegaron tres contingentes de reclutas para Walker a Greytown, encontrándose allí sin medios de transporte para el interior del país. El primer barco que llegó fué el *Texas* trayendo un destacamento de Nueva Orleáns al que ya se ha hecho referencia. Cuando este barco entró en el puerto, Spencer estaba en él con uno de los vapores del río y una tropa costarricense. Los reclutas se hallaban ocultos bajo la cubierta y se desempaquetaron los rifles y las municiones con el propósito de apoderarse durante la noche del barco de Spencer; pero este plan lo frustró el capitán Cockburn del *Cossack* de Su Majestad Británica, el cual se presentó a bordo del *Texas* para manifestar que aun cuando él era neutral en la disputa sobre el Tránsito, no permitiría ni derramamiento de sangre ni destrucción de propiedad en aguas que estaban bajo la protección británica. Entretanto Spencer se había alarmado, llevando su vapor río arriba adonde por la poca profundidad del agua no podían seguirle los americanos (20).

Entre los que a la sazón se encontraban detenidos en Greytown, por motivo de las actividades de Spencer, figuraban muchos de los mejores oficiales de

---

(15) Según James Jeffrey Roche, Spencer era hijo de John Canfield Spencer, antiguo Secretario de la Guerra, y por consiguiente hermano del único oficial de marina americano que haya sido ahorcado por amotinamiento. *N. del A.*

(16) Los militares costarricenses miraron siempre a Spencer con aversión y desconfianza.

(17) Harper's Weekly, I, 71, 199; New York *Times*, Marzo 30 de 1857; Wheeler Scrapbook Nº 4,210. *N. del A.*

(18) El señor Manuel Carazo Peralta, en el prólogo de su traducción de la *Story of the Filibusters* de Roche (San José, 1908), dice que el único americano que tomó parte en la campaña fué Spencer, "que hacía oficios de guía". *N. del A.*

(19) En cambio el profesor Scroggs no concede mérito alguno a los costarricenses en la campaña del río San Juan.

(20) Oliphant, *Patriots and Filibusters*, 183-6. *N. del A.*

Walker. El coronel Frank P. Anderson, uno de "los originales cincuenta y seis", que regresaba de una licencia otorgada para reponerse de una herida en un brazo; estando en su casa, en Brooklyn, sus admiradores habían dado un banquete en su honor, obsequiándole una espada. Con él había venido en el mismo vapor Charles W. Doubleday, quien se encontraba en Nicaragua cuando había llegado Walker y pronto se unió a la Falange. Prestó valiosos servicios por el conocimiento que tenía del país y sus habitantes; después renunció por un disgusto que tuvo con Walker, pero ahora que su antiguo jefe se hallaba penosamente acorralado, había resuelto volver para ayudarle. Con los anteriores llegó también el general Robert Chatham Wheat, que había sido apresado en Cuba cuando acompañó a López, sirviendo varios meses en España en calidad de prisionero. Más tarde tomó parte en una revolución en México, donde obtuvo el grado de general de brigada y desempeñó la gobernación militar de Veracruz. Había estado en el colegio con James, uno de los hermanos de Walker, en Nashville, y por el deseo que tenía de acompañar a sus paisanos renunció su empleo en México y se vino a Nicaragua. No pudo nunca reunirse con Walker, pero vivió lo bastante para pelear más tarde como coronel de "Los Tigres de Luisiana" en la Guerra Civil. El coronel B. Hall, hijo de un antiguo alcalde de Brooklyn, veterano de la guerra con México y comisario general de Walker, era otro de los oficiales detenidos en Greytown. Había ido a los Estados Unidos para reponerse de una fiebre. Otro era el capitán J. Egbert Farnum, anteriormente domiciliado en Pensilvania, que había peleado en la guerra con México, así como a las órdenes de López. Hornsby, Norvell Walker y Rogers, ya mencionados varias veces en estas páginas, se hallaban también en Greytown. Así se verá que Spencer no sólo había despojado a Walker de sus vapores sino también de los servicios de varios de los más capaces de sus oficiales.

Extraño es que éstos permitiesen que el mando de los desvalidos reclutas que estaban en Greytown recayese en Lockridge, quien no obstante tener el grado de coronel tan sólo había desempeñado el cargo de reclutador, sin haber prestado nunca servicio activo. Según parece, por cuanto aquellos reclutas se consideraban como estando aún en tránsito y todavía no al servicio de Walker, se creyó que el hombre llamado a tomar su mando era Lockridge. Esta opinión no fué de los oficiales sino la de Harris, agente y yerno de Charles Morgan, que estaba ansioso de recobrar el dominio de las propiedades del Tránsito y pretendía asumir la dirección. Los oficiales de un rango superior al de Lockridge se prestaron voluntariamente a servir a las órdenes de éste y los reclutas fueron acuartelados en Punta Arenas, al otro lado del puerto, frente a Greytown. Inmediatamente se les puso a reparar el *Rescue*, un vapor viejo del río ya abandonado y que Spencer no creyó digno de ser capturado; pero los reclutas no realizaron su trabajo sin la intervención británica. Cuando habían estado en Greytown se les acercaban continuamente marineros ingleses para darles terribles informes de lo que se les esperaba si persistían en ir al interior del país, y una mañana del mes de enero el capitán Cockburn llegó en un bote tripulado a Punta Arenas y le ordenó a Lockridge que hiciese formar su gente, manifestándole que

se iba a llevar a todos los súbditos británicos que desearan ponerse bajo su protección. Al mismo tiempo los cañones del *Cossack* fueron apuntados a la Punta y Lockridge tuvo necesariamente que someterse. Una vez puestos los soldados en fila, Cockburn les hizo su ofrecimiento y unos cuantos dieron un paso al frente, aunque muchos de estos seudo británicos tenían un sospechoso acento alemán en vez del *cockney* o del *brogue* irlandés. El indómito Wheat, que estaba por allí cerca en un bote, vociferó profanas protestas contra John Bull y su derecho de registro, y retó a Cockburn a duelo (21).

A pesar de estas deserciones la fuerza que estaba en Punta Arenas quedó casi intacta y tal vez mejorada con el retiro de los acobardados. El 4 de febrero llegó de nuevo el *Texas* trayendo al largamente esperado Titus y ciento ochenta de sus "rufianes de la frontera". A toda la gente se le proveyó de armas y municiones y el destartalado vapor quedó al fin listo para subir por el río. Desafortunada era la elección del caudillo. Lockridge, un kentuckiano alto, flaco y cargado de espaldas, del tipo de Hoosier, era cualquier cosa menos un soldado, y no pudo ni ganar la confianza de su gente ni reprimir con su autoridad los mezquinos celos y las riñas entre sus oficiales. Habiendo llegado los americanos a la Punta de Hipp, desalojaron a la guarnición costarricense, infligiéndole grandes pérdidas, y recuperaron el puesto. Este éxito se debió a Anderson, Doubleday y Wheat. El siguiente punto que se debía atacar era el Castillo Viejo y Lockridge designó para hacerlo a la compañía de Kansas, de buena apariencia pero mal disciplinada. Titus, inflado de orgullo por la notoriedad que le habían dado los periódicos de Kansas, rehusó servir a las órdenes de ningún otro y por esto fué enviado solo en el vapor con su desorganizada gente, en tanto que los oficiales probados y curtidos en el oficio quedaron atrás. Cauty mandaba en el Castillo, fortaleza histórica del tiempo de los españoles, situada en una colina y que señoreaba el río. En el siglo anterior había sido atacada y tomada por Horacio Nelson. Al acercarse Titus a ella, Cauty se apresuró a poner en salvo los cuatro vapores que estaban amarrados aguas abajo, en el punto donde principia el raudal. Se logró hacer pasar a dos. Los otros dos, con los que no fué posible hacer lo mismo, fueron incendiados y destruídos. Cauty, que sólo tenía treinta hombres en el fuerte y estaba escaso de municiones, abandonó las defensas de la parte baja tan pronto como Titus estuvo a la vista y éste las ocupó, apoderándose también del vapor *Scott* que había sido incendiado después de haberlo hecho pasar el raudal. Los americanos apagaron el fuego, dejándolo ir al garete para ponerlo fuera del alcance de los cañones emplazados en la altura. Entonces Cauty pegó fuego al último de sus vapores, echándolo al garete sobre el *Scott;* pero las gentes de Titus subieron a bordo y amarraron este vapor a la margen del río, mas no pudieron salvarlo del fuego. Estando ya el inglés a merced de Titus, éste le intimó que se rindiese. Contestóle Cauty que no podía hacerlo sin el consentimiento del comandante del fuerte de San Carlos y solicitó una tregua de

---

(21) Doubleday, *Reminiscenses,* 178-81; Wheeler Scrapbook Nº 4, 4. *N. del A.*

veinticuatro horas para obtenerlo (22). Titus, que nada sabía de guerra ni de asuntos militares, consintió en ello. Cauty había pedido ya un refuerzo y éste llegó antes de que expirase la tregua. Sin esperar siquiera hasta saber de qué número de hombres se componía, Titus huyó por la ribera del río, aguas abajo, hasta donde estaban sus barcos, reembarcándose de prisa. Los costarricenses habían perdido sus cuatro vapores, pero el Castillo quedaba defendido por una fuerza mayor que la que antes tenía. Los americanos se habían establecido algunas millas río abajo del Castillo en la isla de San Carlos, donde construyeron una estacada para defenderse del enemigo y unas cabañas toscas para cuarteles. Durante semanas los soldados habían estado expuestos a las grandes lluvias y se encontraban rodeados por todas partes de densos pantanos tropicales. Abundaban las fiebres, la disciplina brillaba por su ausencia y la gente estaba muy desalentada. El regreso de Titus, después de su fracaso en el Castillo, aumentó el abatimiento, y la deserción vino a cooperar con la fiebre en la tarea de ralear las filas. Fueron tantas las críticas que se le hicieron a Titus que éste dejó el mando y manifestó su intención de ir a reunirse con Walker por la vía de Panamá. Hacia mediados de marzo llegaron otros ciento treinta reclutas procedentes de Texas y Luisiana, aumentando el número de la fuerza efectiva a cuatrocientos hombres. La compañía de Luisiana, compuesta en gran parte de extranjeros enganchados en Nueva Orleáns, no era un refuerzo valioso; pero los texanos, que se llamaban a sí mismos "Los Batidores de Alamo", habían sido reclutados en San Antonio y formaban una tropa espléndida. Los mandaba Marcellus French, que nos ha legado un relato de sus aventuras (23).

Después de recibir este refuerzo, Lockridge resolvió repetir su tentativa de apoderarse del Castillo Viejo y embarcó su tropa para atacarlo. Saltó ésta a tierra tan sólo para ver que los costaricenses, después de la retirada de Titus, habían hecho poco menos que inexpugnable aquella posición. Habían cortado toda la maleza en torno de las defensas y hecho en las faldas de la colina un derribo de árboles. Wheat, Hornsby y Doubleday estuvieron todos de acuerdo en que fracasaría cualquier ataque que se hiciese a la reforzada fortificación. No les quedaba más que volverse a Greytown, y así lo hicieron, dejando el Castillo en manos del enemigo sin disparar un tiro. Cuando hizo alto en el raudal, Lockridge reunió toda su gente y le notificó que la expedición quedaba licenciada y todos los oficiales y soldados en un mismo pie de igualdad. A continuación pidió voluntarios que le acompañasen en el esfuerzo que iba a hacer para reunirse a toda costa con Walker, ya fuese por la vía de Panamá, o ya subiendo el río Sarapiquí y atravesando por Costa Rica hasta San Juan del Sur. Una media docena de oficiales y un centenar de hombres aceptaron; los demás se pusieron a

(22) El profesor Scroggs, siguiendo el ejemplo de Walker en su historia de la *Guerra de Nicaragua*, no dice nada de los muy reñidos combates que hubo entre Cauty y Titus del 16 al 18 de febrero de 1857, en que los treinta y siete costarricenses que guarnecían el Castillo Viejo resistieron victoriosamente a los ciento treinta norteamericanos que lo atacaban.

(23) Véase *Overland Monthly*, N. S. XXI, 517-28. *N. del A.*

bordo del *Rescue*, que llevaba ya doscientos enfermos para Greytown. Cuando este vapor, que iba cargado hasta la borda de enfermos y hombres descorazonados, salió río abajo, Hornsby dijo: "He sido soldado desde hace treinta años y este espectáculo es el más triste que me ha sido dado presenciar". El *Scott* se fué a la zaga del *Rescue* y, al acercarse a la Punta de Hipp, pararon los dos vapores y desembarcó una descubierta para cerciorarse de si los costarricenses habían reocupado esta posición mientras la tropa de Lockridge se encontraba río arriba. La mayor parte de la gente que venía en el *Scott* salió a tierra y fué una dicha que así lo hiciese, porque a poco rato estalló la caldera del vapor, matando a unos e hiriendo a otros, entre estos últimos a Anderson, Marcellus French y Doubleday. Hornsby, Wheat y Norvell, hermano de Walker, fueron de los que se libraron. Los heridos se pusieron en una barcaza que traía el *Scott* a remolque, y los que pudieron acomodarse en el *Rescue* con los enfermos que ya venían en éste, se enviaron de prisa a Greytown. Estas gentes tuvieron allí una gran desilusión al enterarse de que el *Tennessee* había zarpado dos horas antes para Aspinwall; los cirujanos de la escuadra inglesa les prestaron sus servicios, y como el *Tennessee* debía volver a tocar en Greytown en su viaje de vuelta a Nueva York, Lockridge se apresuró a regresar para traer el resto de su fuerza y embarcarla con destino a los Estados Unidos. Morgan había ordenado al vapor que se llevase a todos los filibusteros desvalidos que quisieran volver a su país. Todos ellos habían perdido la esperanza de poderse reunir con Walker, después de la destrucción del *Scott*. Cuando el *Rescue* regresó al puerto, los que en él venían vieron que el *Tennessee* iba saliendo al mar dejándolos abandonados a su incógnita suerte. Poco antes habían estado acariciando la visión de un buen vapor que aguardaba su llegada para llevarlos a la civilización y a su patria. ¡Cuán amarga ahora su desilusión al ver desaparecer el casco del buque en el horizonte oriental! Hasta dentro de un mes no llegaría otro vapor. Al capitán del *Tennessee* se le había instado para que se llevase a todos los americanos a su tierra; pero tan sólo quiso tomar cincuenta, por cuanto tenía orden de tocar en Cayo Hueso para recoger allí un destacamento de tropas de los Estados Unidos estacionado en ese lugar.

Los padecimientos de aquellos infelices acuartelados en Punta Arenas fueron terribles. Greytown era una aldea demasiado chica para suministrar provisiones, y los enfermos y heridos no pudieron encontrar acomodo en ella, ni siquiera los que tenían la suerte de poderlo pagar. Los vecinos hasta pidieron protección a los barcos británicos contra estos hombres, muchos de los cuales estaban casi desesperados, y se pusieron guardias para impedirles la entrada al pueblo, salvo con permiso de las autoridades. Con todo eso, a algunos de los residentes se les debe reconocer el mérito de haber albergado en sus casas a varios de los oficiales heridos en la explosión del *Scott*, cuidando de ellos hasta que sanaron, sin tener la esperanza de recompensa alguna en este mundo (24). Muchos de los

(24) Entre estos buenos samaritanos estaba una Miss Roberts, natural de Nueva York, que cuidó de las heridas de French y del teniente Sistere de Luisiana. Doubleday fué asistido por una familia alemana de buen corazón. *N. del A.*

soldados murieron por haber estado expuestos a la intemperie, la escasez de alimentos y la falta de asistencia médica. Para colmo de males llegó Cauty por el San Juan en el único vapor que le quedaba con una tropa costarricense, y, al parecer, los descorazonados americanos iban a ser atacados y exterminados; pero la escuadra británica situó rápidamente una fila de botes entre el vapor costarricense y la Punta, halando el *Rescue* al costado de uno de los barcos de guerra, a fin de reiterar así la determinación del comandante naval de no permitir hostilidades ni destrucción de propiedad en el puerto de Greytown. El más antiguo de los oficiales británicos, capitán Cockburn, citó a Cauty y a J. N. Scott, agente de Morgan y Garrison, a una conferencia, manifestándoles en ella su intención de sacar a los soldados del puerto, y le pidió a Scott que girase una letra contra Morgan por el valor de los pasajes. El agente convino en ello a regañadientes. Como garantía de la letra se pidió a los americanos que entregasen sus armas y el vapor *Rescue*. Los soldados, en número de 375, se llevaron a bordo del *Cossack* y en este buque a Aspinwall, donde Cockburn trató de conseguirles pasajes en el vapor correo que se dirigía a los Estados Unidos, pero tropezó con dificultades. En primer lugar el agente se negó a aceptar la letra girada por Scott contra Morgan, visto lo cual Cockburn ofreció su responsabilidad personal por los pasajes de doscientos hombres, a razón de veinte dólares cada uno, procurándose el resto del dinero mediante la venta de las armas que se le habían dado en garantía. Entonces surgió un nuevo obstáculo: una epidemia de sarampión había brotado entre los filibusteros y el vapor no quería hacerse cargo de ellos por ningún motivo. Las autoridades municipales de Aspinwall rehusaron permitir el desembarco de los americanos, declarando que no querían verse infestadas por semejantes vagabundos, y negaron su hospital a los enfermos. Más todavía, hasta rehusaron el permiso de sepultar a los muertos en tierra. Tan sólo el mar parecía dispuesto a recibir sus cuerpos llagados y piojosos. Por fin los sobrevivientes fueron llevados a Nueva Orleáns en el *Tartar* de Su Majestad Británica (25).

No existiendo la posibilidad de recuperar el Tránsito, era inevitable el retiro de los vapores oceánicos de Morgan y Garrison. Ni reclutas ni pertrechos podían llegarle a Walker por Greytown y ya no había medio de seguir llevando pasajeros entre Nueva York y California por la ruta de Nicaragua. Por lo tanto a la compañía de vapores no le quedaba más que dejarlos en el muelle y abandonar a Walker a su suerte. Así lo hizo en abril de 1857 y el final del asunto ya sólo fué una cuestión de días. El hombre de Vanderbilt había logrado lo que los países aliados de Centro América no podían hacer. Capitalistas americanos implantaron el régimen filibustero y un capitalista americano lo derrocó.

Digno de notar es que uno de los oficiales de Walker tuvo el suficiente valor para ir a reunirse con su jefe a pesar del bloqueo del río y del lago: Rogers, el confiscador general (26). En vez de seguir a Lockridge se embarcó para

---

(25) Ms. Archives, Navy Department, Home Squadron, II, 27 ff.; *New York Tribune*, 7 Mayo 1857; Wheeler Scrapbook Nº 4, 291. *N. del A.*

(26) Rogers ejercía el cargo de subsecretario de Hacienda en el gobierno de Walker.

Aspinwall, de donde se fué a Panamá. No habiendo encontrado allí un vapor con destino a San Juan del Sur, contrató un bote y dos hombres, ostensiblemente para ir a las islas de las Perlas, a cuarenta millas de distancia, pero en realidad con el objeto de navegar las quinientas millas que lo separaban de San Juan del Sur. Ningún botero habría consentido en emprender semejante viaje y de aquí la necesidad del engaño de Rogers. Después de poner a bordo suficientes provisiones para varios días de navegación, Rogers se hizo a la vela. Cuando estuvo a cierta distancia de la costa sacó un par de pistolas, obligando a los boteros a poner la proa mar afuera y hacia donde estaba Walker. Y así siguió sentado y vigilando a los dos hombres de día y de noche, siempre con las pistolas en las manos y sin atreverse a dormitar ni un instante, hasta que su involuntaria tripulación lo llevó sano y salvo al puerto de San Juan del Sur. Rogers era de la estofa de que se hacen los verdaderos filibusteros. Además era irlandés. Podemos condenar la conducta desenfrenada de tales hombres, pero tenemos que admitir cuando menos que la raza de que procedían no estaba degenerada. Roja era la sangre que por sus venas corría (27).

Carta del Teniente Coronel don Joaquín Fernández al Presidente don Juan Rafael Mora.—Año de 1857 (1)

Señor Dn. Juan Raf. Mora
San José

Punta Arenas, Fro. 15/57.

Mi estimado Dn. Juanito:

He deseado escribirle, pero hasta ahora se me llega el caso de hacerlo.

La causa principal que me mueve a ello es que he hablado con Dn. Manuel Cañas sobre los medios de defensa que tiene Punta Arenas en caso de que Walker, reducido a la última extremidad en Nicaragua, quisiese, lo que no es muy remoto, venir a dar un golpe de mano sobre este puerto; y a vista de esto he juzgado que están bastante expuestos los grandes intereses que se encuentran en él. No soy alarmista, pero siempre que se puedan tener seguridades y estar al abrigo de los golpes del enemigo, no veo la causa por qué no procurarse aquéllas para ponerse a salvo de las asechanzas de éste. Yo tengo la convicción de que con

---

(27) Oliphant, *Patriots and Filibusters*, 226-7. Oliphant hizo el viaje con Rogers hasta Panamá y éste lo invitó a correr con él esta aventura. New York *Times*, Marzo 9 de 1857. *N. del A.*

(1) Archivos Nacionales. S. A. Serie XII. Nº 9270.